

Manuel Gil Antón

Comité Técnico Asesor

Foro de Consulta Nacional para la Revisión del Modelo Educativo

Foro de Consulta: Educación Básica

12 de junio de 2014

Ciudad de México

## EL RETO DE EDUCAR A LOS MEXICANOS EN EL SIGLO XXI

“A diferencia de otros niveles educativos, la educación básica se enfoca a la formación integral de la persona. Busca ofrecer a las nuevas generaciones los aprendizajes de base que les permitan constituirse como sujetos y ciudadanos activos de una sociedad en constante proceso de cambio. El desarrollo cabal de las habilidades cognitivas superiores, fundamento del pleno desarrollo personal de todos y cada uno de los alumnos, es tan imprescindible como retador” (Documento Base para Educación Básica, P. 2)

Con este párrafo inicia la convocatoria al tema que dediqué especial atención, de acuerdo a la distribución del trabajo del Comité Técnico Asesor. Así vista la importancia, los rasgos y retos de la Educación Básica en México, siempre tuve en mente un cartel que reproduce lo escrito en el pizarrón verde de una escuela allende el Río Bravo, el cual de manera impecable sintetiza la tarea y el sentido de este nivel de estudios: “La enseñanza (básica) crea, (sobre sus resultados se generan), TODAS las demás profesiones”.

Cuatro subtemas procuraron guiar las ponencias: el Artículo 3º Constitucional como fundamento de la educación básica; los rasgos del egresado en el sol de hoy y el por venir; qué estrategia curricular es necesaria y cuáles han de ser los materiales educativos que contribuyan a su realización.

Al asistir a las mesas de trabajo, y estudiar las ponencias, relatorías, documentos de análisis de contenido, así como destacar, de las conferencias impartidas, los aspectos que remiten a los rieles fundamentales por los que transitará la educación básica en el país, tanto en el entorno que vivimos como en el que podemos advertir que viene, poco a poco fue apareciendo la contundencia de tres dimensiones:

- 1.- Los programas de estudio
- 2.- La labor docente, y
- 3.- La importancia de los instrumentos tecnológicos.

Aunque se dedicaran los escasos minutos con que contaban los ponentes a una de ellas, en el contexto de las sesiones y de los aportes en todas las regiones, se advierte la necesidad de no

considerarlos “en sí”, aislados o inconexos, sino vistos en el proceso de construcción de las estructuras o habilidades cognitivas fundamentales sobre las que descansa la capacidad de aprender.

Sin esas estructuras consolidadas, todo contenido se desparrama o, en el mejor de los casos, se contiene o detiene apenas, por un breve lapso, en la memoria para luego de superar un obstáculo (un examen tal vez) pasar al olvido.

En cambio, con esas estructuras paulatinamente construidas, consolidadas por su empleo sistemático en función de comprender, relacionar, lograr comunicar lo entendido e incluso ponerlo en un contexto crítico, cualquier contenido es accesible.

Mientras la información cada vez más abunda, e incluso nos aplasta por su cantidad y contradicción, la tarea de la escuela básica pública, esa a la que el profesor Olac Fuentes Molinar llama, y llama bien, “la escuela de todos los mexicanos”, ha de centrarse en lo que no está disponible, con la centralidad debida, más que en la escuela: generar las condiciones de posibilidad del aprendizaje.

El reto de educar a los mexicanos de sus días mientras confluyen con los nuestros, pasa por construir una escuela fértil en la generación de aprendices, fruto de la relación con las y los docentes que nunca dejen de ser aprendices también.

Los profesores insistieron en sus ponencias que el currículo no debe ser lo que ahora es: una camisa de fuerza que impide el movimiento. En las conferencias que tocaron el tema curricular, fue notable la aceptación, por parte de las audiencias, de la idea de un programa de estudios más ligero en contenidos, y mucho más orientado al ejercicio de la capacidad de pensar. No un kilómetro de extensión con milímetros de profundidad, sino una decena de metros de largo por al menos uno de fondo.

Más allá de que pueda haberse convertido en un lugar común, o quizá por ello, es menester dotar de herramientas, habilidades y destrezas a los docentes actuales y futuros para que recobre su sentido profundo la forma de enunciar la tarea central de la escuela y su oficio: contribuir a que sea patrimonio de los alumnos la facultad de aprender a aprender.

Hubo, sin duda, diversidad de propuestas en torno a los programas de estudio: atender al contexto; que estén articulados; organizar de otra manera la relación entre el currículo y la evaluación tanto de los estudiantes como de los maestros. No dejar fuera el ejercicio cotidiano de las disposiciones y actitudes, también imprescindibles, para que sea posible la convivencia, el reconocimiento, y respeto por el otro, como valor central.

Con respecto a la función docente, se registra en las ponencias un conjunto de reclamos: ¿a cuántos docentes se les ha preguntado cómo construir el currículo? ¿El o la profesora son objeto sobre el cual recae la transformación educativa, o son actores de la misma, incluyendo su actualización? ¿Los exámenes en curso dan cuenta, de verdad, de las capacidades para la

docencia? ¿No es ya tiempo de comprender que la actividad del profesor es muy importante, pero el proceso educativo implica muchos más factores?

Y advierto tanto en las ponencias como en las conversaciones en los pasillos, un desacuerdo generalizado al que ya se hizo referencia en el texto común del Comité: se ha generalizado una imagen de las y los maestros que les ofende y es producto simple de la ignorancia o la mala fe. Llevan razón.

Pero hay propuestas: actualización; otra formación para los nuevos; interacción entre profesores; capacidad de ajustar, junto con sus colegas y en relación a sus alumnos, el currículo. Y sin mucha frecuencia, pero de manera clara, una veta de autocrítica: tenemos que cambiar (ya sea que se hable de paradigma o de hábitos en el salón de clase, como dictar) y no es ni fácil ni estamos dispuestos del todo.

Los foros, no creo ser infiel a lo redactado y expuesto, mostraron que el magisterio tiene ideas innovadoras, pero rémoras complicadas también; tiende a ser participativo pero teme que esa movilidad sea costosa, ya sea frente a una autoridad que percibe normativa, lejana y que habla desde lo alto, como en relación con el esfuerzo que le implicaría. Se perciben, están escritas, propuestas por fortalecer ciertas zonas de confort, pero también, en otros casos, la expectativa de recuperar el entusiasmo al que ha soterrado una actividad que se sacia en llenar formatos, contar palabras por minuto u obedecer las reglas escritas o prescritas por dos entes a los que teme, necesita, reclama, atiende, agradece, busca o huye: la burocracia administrativa y la laboral.

Si la tendencia a un currículum ligero pero tratado a profundidad es notable (aunque no se sepa cómo se logra) y la tarea de la docencia se enuncia con términos menos verticales (aunque no del todo consistentes) como el de facilitador, el uso, la mirada, la esperanza y la diversidad de aproximaciones a los materiales y recursos tecnológicos es notable. Varas mágicas, instrumentos como gises si se saben usar, artefactos que tienen ya todo... Sin embargo, hay una expectativa o convicción de algo irremediable: hay que hacer algo con las TIC. Se presentan, en esta dimensión, enormes tareas para ubicar su papel en los procesos pedagógicos, una de las cuales, y no menor, es reducir el impacto de dos concepciones polares y estériles: piedra filosofal o elementos disruptivos en la educación verdadera.

No hay más tiempo. Doy testimonio, junto con mis colegas, de la aproximación a un pequeño sector del magisterio complejo, diverso, distinto en sus hábitos, positivos o negativos, según la edad, el género, la región, los niveles en que trabaja... todo lo contrario a la noción que los busca reducir a predicadores de la razón atados a la austeridad más ruda, como la que los ha encasillado en la imagen de vándalos e ignorantes.

El señor Secretario, al instalar el Comité en el mes de febrero, entre otras preguntas hizo una a la que quiero responderle de manera pública pues me parece crucial. Les pido, expresé, su parecer en cuanto a si la estrategia de los foros es el camino más adecuado para la revisión del modelo educativo. Solicitó que en ese tema le importaba nuestra mirada.

A mi juicio, la respuesta sería claramente negativa si se considera que con estos ejercicios ya se ha dado la revisión del modelo – noción que es preciso, por cierto, delimitar – o si, más al extremo, ya cumplieron el cometido de renovarlo.

Con la misma franqueza con la que me permito afirmar lo anterior, puedo decir que, sin duda, los foros sí fueron una ventana, un mirador desde el cual considerar que lo que es una estrategia imprescindible es el diálogo con y entre los profesores, socios indispensables para los retos de la educación en el siglo XXI, y siempre: es necesario generar espacios diversos, en diferentes niveles y contextos, no sólo para debatir, sino para poner en práctica acciones colegiadas, aprender de errores y consolidar aciertos.

Ese camino que da continuidad a los foros, y a su intención de fondo. es idóneo y necesario no sólo para revisar el modelo educativo, sino para establecer de nuevo un basamento imprescindible, algo cuarteado, hay que reconocer, en nuestros días: la confianza de la sociedad en sus escuelas – ojalá pronto ya sin lamentables carencias – y en las y los profesores que, comprometidos, son la profesión intelectual más importante del país, dado que colaboran en la creación no sólo de todas las demás profesiones, sino en la construcción del elemento más importante en la conformación de un país decente: ciudadanos críticos.